



# *Diferenciación socio-espacial en las ciudades intermedias argentinas. Una aproximación a la conurbación de Neuquén en el cambio de siglo.<sup>1</sup>*

*Socio-spatial distinction in medium sized cities of Argentina. A closer look into the conurbation process of Neuquén at the passage of the centuries.*



## **Joaquín Perren**

CONICET. Centro de Estudios Históricos Regionales (CEHIR). Investigaciones Socio-histórico Regionales (ISHIR) Universidad Nacional de Comahue (UNCo)  
joaquinperren@gmail.com

## **Laura Lamfre**

Universidad Nacional de Comahue (UNCo)  
lauralamfre@gmail.com

## **Germán Pérez**

CONICET. Centro de Estudios Históricos Regionales (CEHIR). Investigaciones Socio-histórico Regionales (ISHIR)  
Universidad Nacional de Comahue (UNCo)  
germanp80@gmail.com

**Enviado: 2/11/15**

**Aceptado: 9/11/15**

---

<sup>1</sup> Este trabajo fue realizado en el marco del proyecto “Segregación residencial en las ciudades intermedias argentinas. El caso de Neuquén (1991-2010)”, Secretaría de Ciencia y Técnica, Universidad Nacional del Comahue.



## Resumen

El presente artículo podría leerse como una colaboración en el sentido de descentrar el estudio de la segregación residencial en América Latina. En lugar de posar nuestra mirada en una de las muchas grandes urbes de la región, nos detendremos en una aglomeración de tamaño intermedio: la conurbación de la ciudad de Neuquén, en la Norpatagonia argentina. Con la mirada fija en este sistema urbano, el trabajo propone un recorrido que cuenta con cuatro momentos claramente diferenciados. En el primero de ellos, realizaremos un repaso de la literatura dedicada al estudio de la diferenciación socio-espacial. En el segundo apartado, analizaremos el proceso histórico que condujo a la formación de una incipiente área metropolitana de carácter bi-provincial. En las dos últimas secciones, abordaremos las desigualdades socio-espaciales que, hacia comienzos del siglo XXI, daban forma a un sistema urbano cuyos límites se confundían con la confluencia de los ríos Neuquén y Limay. En ese segmento del artículo, y partiendo de información socio-demográfica a escala de radio censal, daremos curso a un análisis de componentes principales. En todo este itinerario, y a fin de reflejar en el espacio muchos de los fenómenos que las fuentes ponen en evidencia, nos auxiliaremos de cartografías temáticas que elaboramos a partir de la utilización de Sistemas de Información Geográfica.

**Palabras clave:** Diferenciación socio-espacial; segregación; ciudades intermedias; estudios urbanos

## Abstract

This paper could be read as collaboration to the idea of decentring the residential segregation study in Latin America. Instead of pose our gaze over one of the many big regional cities, we rather focus in a medium sized agglomeration: the city of Neuquén, in the Argentine North Patagonia region, and its ongoing conurbation process. Looking at this particular urban system in a steady way, this paper aims to tread a trail which reckons four clearly different moments. At the beginning, we do a literature review dedicated to the study of socio-spatial distinction. The next step is an analysis of the historical process that has conducted to an incipient bi-provincial characterized metropolitan area formation. Finally, at the last two sessions, we approach the socio-spatial distinctions which, since the beginning of the XXI century, have given shape to an urban system where its boundary is confused with the confluence of the rivers Neuquén and Limay. In this part, starting from socio-demographic information in a radial scale census, we analyze the main components. Along this work, and moved by the wish of reflection upon the space of the many phenomenon highlighted by different sources, thematic cartographies were elaborated by the usage of the Geographical Information System as a helping tool.

**Key words:** Socio-Spatial Distinction; Segregation; Medium Sized Cities; Urban Studies.





## Introducción

Recientemente, una destacada revista académica chilena dedicó un artículo a la problemática de la diferenciación socio-espacial en Latinoamérica. La autoría del texto corrió por cuenta de Sergio Kaminker (2015), un reconocido especialista en el estudio de la segregación residencial. En un puñado de páginas, y sin mayores rodeos, este joven sociólogo argentino trazó un ajustado balance de la producción científica que hizo foco en las desigualdades que atraviesan a las ciudades de la región. Desde su perspectiva, coincidente con la de científicos de talla mundial (Janoschka, 2002; Wacquant, 2009; y Harvey, 2013), la aplicación de recetas de corte neoliberal fue el catalizador de una serie de investigaciones que procuraron desentrañar los efectos espaciales de la implementación de políticas de desregulación, liberalización y privatización. Pese a este indudable avance, que se reflejó en la publicación de libros, el dictado de seminarios y la organización de congresos de la especialidad, Kaminker destacó un déficit que, aunque no es privativo de la Argentina, se manifiesta en ella en toda su potencia: la mayoría de los trabajos sobre problemáticas urbanas estuvieron centrados en las grandes áreas metropolitanas, haciendo que otras realidades urbanas permanecieran fuera del radar de las ciencias sociales o bien hubieran recibido una menor atención relativa. En virtud de esta suerte de macrocefalia académica, dice el autor con firmeza, el desafío estriba en elaborar trabajos que analicen los procesos de urbanización en aglomeraciones de tamaño intermedio. Un ejercicio de esta naturaleza no solo se justifica por “lo poco que sabemos sobre sus dinámicas, consecuencias e implicancias para la política pública, sino también por la importancia que ha cobrado, en los últimos años, la expansión de las mismas en términos económicos y demográficos” (Kaminker, 2015: 2).

El presente artículo, que no deja de ser uno de características exploratorias, podría leerse como una colaboración en el sentido de “descentrar la

segregación residencial en América Latina” (Kaminker, 2015: 6). En lugar de posar nuestra mirada en una de las muchas grandes urbes de la región, nos detendremos en una aglomeración de tamaño intermedio situada en el “sur del sur”: la conurbación de la ciudad de Neuquén, en la Norpatagonia argentina. Para dar cuenta de este propósito, el trabajo propone un recorrido que cuenta con cuatro momentos claramente diferenciados. En el primero de ellos, realizaremos un repaso de la literatura dedicada al estudio de la diferenciación socio-espacial. Visitaremos allí algunos clásicos de la materia, como aquellos vinculados a la escuela de Chicago, pero también obras más reciente que estiraron los límites -e inclusive criticaron- las formulaciones de la sociología urbana clásica. En el segundo apartado, analizaremos el proceso histórico que condujo a la formación de una incipiente área metropolitana de carácter bi-provincial, desde sus orígenes ligados a la actividad frutícola hasta un presente asociado -directa o indirectamente- a la explotación de recursos energéticos. En las dos últimas secciones, desde un enfoque ecológico más bien crítico, abordaremos las desigualdades socio-espaciales que, hacia comienzos del siglo XXI, daban forma a un sistema urbano cuyos límites se confundían con la confluencia de los ríos Neuquén y Limay. En ese segmento del artículo, y partiendo de información socio-demográfica a escala de radio censal, daremos curso a un análisis de componentes principales; esto es, una técnica que se le reconoce “la capacidad de describir asociaciones múltiples entre fenómenos, asociaciones que en la cuestión que nos ocupa- pueden ser específicas de una determinada sociedad y consecuencia, por lo tanto, de un proceso particular de desarrollo urbano” (Díaz Muñoz, 1989: 699). En todo este itinerario, a fin de reflejar en el espacio muchos de los fenómenos que las fuentes ponen en evidencia, nos auxiliaremos de cartografías temáticas que elaboramos a partir de la utilización de Sistemas de Información Geográfica (en particular, el programa QGIS 2.6.1).



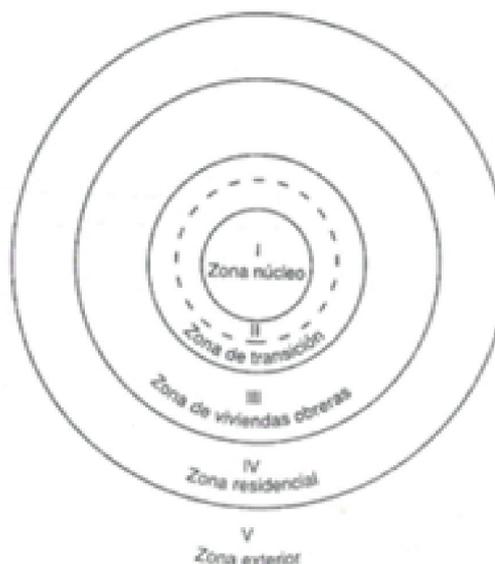


Una pizca de teoría. Los modelos de estructuración socio-espacial de las ciudades en perspectiva<sup>1</sup>

Un recorrido por los diferentes modelos de estructuración socio-espacial de las ciudades nos obliga a realizar una primera escala en los aportes de la escuela de Chicago, especialmente los efectuados luego de la Primera Guerra Mundial. Si bien las particulares formas que siguió el poblamiento en las ciudades afectadas por la inmigración fue objeto de diferentes reflexiones, desde testigos casuales hasta políticos horrorizados, una mirada sistemática sobre ellas tuvo que esperar a los años veinte. De la mano de sociólogos como Thomas, Park o Burgess, los efectos “no deseados” de la apresurada urbanización norteamericana dejaron de ser un problema policial, para convertirse en la piedra de toque de una profunda ruptura epistemológica. Al mismo tiempo que se abandonaba el estudio del funcionamiento “normal” de la sociedad, se abría una variada agenda que incluía a grupos étnicos minoritarios, la salud mental, la drogadicción, la delincuencia juvenil y, desde luego, el análisis de la estructura urbana como ese laboratorio que permitía el desarrollo de tales “excentricidades”. El tratamiento de estos temas produjo un salto adelante respecto a la idea de “conductas desviadas”, de uso habitual en la época y con una innegable carga valorativa detrás. Quedaba claro que estos asuntos no podían ser abordados como un agregado heterogéneo, sino como manifestaciones de un proceso que había sacudido los cimientos de las sociedades modernas.

<sup>1</sup> En esta sección se retoman y complejizan reflexiones realizadas en: Perren, 2010.

### Modelo de anillos concéntricos según Burgess (1925).



Fuente: Buzai (2003: 64)

En lo referido al análisis de la ciudad es necesario destacar dos conceptos que dialogaron en el armado de su propuesta teórica. El primero de ellos es el *ghetto*, nombre con el que habitualmente se conocía los enclaves de diferentes grupos migratorios. En su dimensión espacial, tal como nos dice Moya, el *ghetto* representaba “un área segregada, compacta y relativamente cerrada de primer asentamiento en los distritos centrales, con alquileres bajos y una apariencia decadente” (Moya, 2003: 140). Desde un punto de vista social, estos espacios eran la residencia de una población “tradicional”, en gran medida recién llegada, que intentaba reproducir su cultura en un escenario completamente diferente al original. De esta colisión entre expectativas y realidad nacía una marginalidad que no sólo se relacionaba con el lugar ocupado en el mercado laboral, sino también con el desajuste psicológico que provocaba una creciente





desmoralización. Este punto sería reforzado por la utilización de “descripciones densas” que se esmeraban por reflejar cada faceta de la vida en los márgenes. Biografías de jóvenes delincuentes (Shaw, 1930), inmigrantes polacos (Thomas y Znaniecki, 2004) o de organizaciones del crimen organizado (Thrasher, 1928) fueron los medios utilizados para brindar un efecto dramático a una mirada novedosa que hizo *tabula rasa* con los estudios de la época.

El segundo concepto que andamiaba la propuesta de la escuela de Chicago era la descentralización o movimiento hacia fuera. La idea detrás de este principio era bastante sencilla: a medida que se adaptaban a los ritmos de la vida urbana, los migrantes comenzarían a ubicarse en áreas periféricas nuevas, a salvo de la decadencia de los distritos centrales. Pero ese movimiento, que Burgess llamó de invasión-sucesión, no ocurría de una vez y para siempre. Como el caudal de llegados no mostraba señales de agotamiento, los nuevos migrantes se asentaban en las áreas desocupadas por los de mayor experiencia en la ciudad, en un proceso de recambio permanente que conducía a nuevas situaciones de equilibrio. De esta forma, quedaba establecida una sucesión de zonas que ganaban en “habitabilidad” conforme nos alejamos del distrito central de la ciudad (Figura 1). En este último se concentraban las funciones políticas, comerciales y administrativas; mientras que, a su lado, se desarrollaba una zona de transición que albergaba opciones habitacionales económicas, negocios poco competitivos y emprendimientos relacionados con la “mala vida”, dando forma a lo que los sociólogos norteamericanos denominaron *inner city* (ciudad candente), en clara alusión al grado de degradación que las elites y las autoridades advertían en esta área de la ciudad. A continuación seguían barrios de trabajadores y, sobre todo, de inmigrantes que escapaban al deterioro de los *guettos* de primer asentamiento. Un tercer anillo, a continuación de las dos áreas antes referenciadas, era el sitio elegido por familias acomodadas, tanto

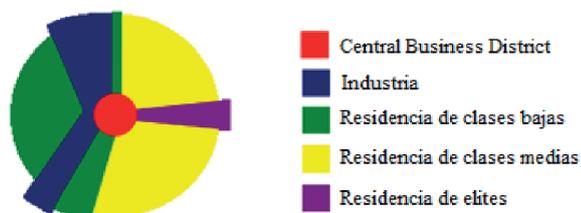
nativas como de segunda generación de migrantes, para desarrollar una vida que conservaba pocos vínculos con los restantes espacios de la ciudad. Con servicios comerciales, financieros y entretenimientos a su disposición se comportaba como un “*guetto a la inversa*”, albergando casi con exclusividad a los estratos superiores de la sociedad.

Quedaba de esta forma establecida una duradera ortodoxia en el estudio de la estructura urbana que solo sería cuestionada en las últimas décadas. Esto fue así a tal punto que los estudios que siguieron el rastro inaugurado por Burgess no hicieron más que complejizar el modelo propuesto por el sociólogo norteamericano. En esas coordenadas debemos ubicar a los aportes de Hoyt (1939). Este autor, sin refutar la idea de la sucesión de franjas ecológicas, incorporó una nueva variable al análisis del paisaje urbano: los usos dados al suelo. Sobre la base de un estudio comparativo entre veinticinco ciudades estadounidenses, realizado a fines de la década de 1930, este reconocido economista advirtió que el valor de la renta no se distribuía de forma aleatoria sino, por el contrario, asumía la forma de sectores. Estas zonas, funcionalmente diferenciadas, tenían una inextricable relación con las vías de comunicación. El modelo de Hoyt, basado en la competencia de las personas y las empresas por un bien tan escaso como la tierra, podría resumirse en un razonamiento: como el valor de la renta era proporcional a la accesibilidad de la parcela, las áreas de mayor valor era aquellas ubicadas en el centro geográfica de la ciudad, o bien aquellas que se recostaban sobre alguno de sus ejes de transporte, ya sea en las cercanías de las vías del ferrocarril o bien próximas a alguna de las rutas de alto tráfico.





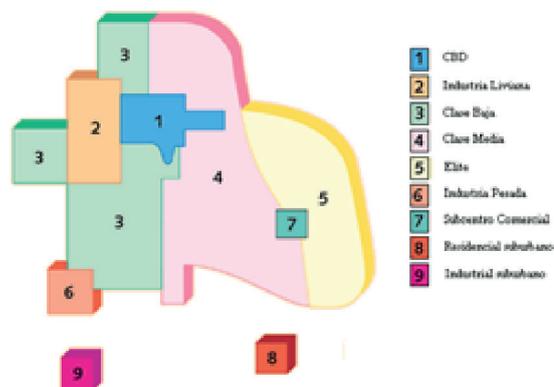
### Modelo sectorial de Hoyt (1939)



Fuente: Elaboración propia

Sobre la base de esta constatación, Hoyt concluyó que las urbes modernas tendían a crecer siguiendo el patrón de cuñas que nacían del distrito central comercial y se desarrollaban en dirección a la periferia (Figura 2). De acuerdo a este modelo, las funciones comerciales, llevadas adelante por empresas de importante poder económico, se concentrarían en las áreas de mayor accesibilidad, justo donde convergían la mayoría de las vías de comunicación. El sector secundario, por su parte, se desplegaría en una franja de tierra adyacente a las principales vías de comunicación, alrededor de la cual se asentarían los sectores sociales de menores recursos. Estas viviendas sociales, además de sufrir una falta de conectividad respecto al resto de la ciudad, debían soportar las consecuencias no deseadas de la industria, entre las que se contaban el tráfico, el ruido y la contaminación. En el corredor opuesto de la ciudad, donde los efectos de las actividades manufactureras se desdibujaban, se ubicarían las residencias de los sectores más encumbrados de la sociedad: la elite sobre algún eje de transporte, mientras que la clase media alrededor de aquella. De tal suerte, el principal elemento de estructuración social de las ciudades, más allá de algunos componentes concéntricos, era direccional y tenía a las vías de comunicación rápidas como articulador por excelencia. Esto se debía a que estas últimas, en palabras de Buzai, “bajaban la fricción espacial y permitían el corrimiento de socio-residencial hacia el exterior” (2003: 67).

### Modelo de los núcleos múltiples de Harris y Ullman (1945)



Fuente: Elaboración propia

Para apreciar un nuevo *aggiornamento* de la propuesta de Burgess debemos internarnos en la década de 1940. Harris y Ullman, tomando en consideración los aportes de sus predecesores, presentaron lo que dieron en llamar modelo de los “núcleos múltiples” (Harris y Ullman, 1945: 7-17). En un intento de brindar un mayor realismo a su pesquisa, ambos autores escaparon de los análisis unidimensionales que, hasta allí, habían caracterizado al estudio de la estructura urbana. Las ciudades, desde esta novedosa mirada, contenían tres soportes que las diferenciaban de las áreas rurales. El primero de ellos, que contemplaba las ideas vertidas por Burgess dos décadas antes, remitía a la teoría del lugar central y consideraba a la ciudad a partir de un área de influencia regular que iba perdiendo fuerza a medida que se avanzaba hacia la periferia. El segundo parecía inspirarse en el modelo de Hoyt: las vías de transportes, decían Harris y Ullman, eran fundamentales en la instalación de servicios que se distribuían de forma lineal. El tercero se refería a la concentración, en determinadas áreas de la ciudad, de servicios altamente especializados. Aeropuertos, *shoppings centers* o universidades eran buenos ejemplos de espacios que, lejos de ser cápsulas en la estructura urbana, atraían hacia allí distintas actividades afines o complementarias





que aprovechaban las ventajas de la escala. Quedaba de esta forma conformado un racimo de localizaciones que, aunque reflejaba en buena medida el funcionamiento de las ciudades modernas, rompía con las líneas maestras planteada por las modelizaciones anteriores, aunque se presentaba a sí misma “como una guía orientadora en los estudios sobre la estructura urbana y no como una generalización rígida sobre la forma de las ciudades” (Johnson, 1974: 241).

La combinación de estos tres soportes modelaba una estructura a todas luces compleja (Figura 3). El distrito central de negocios, tal como afirmaba Hoyt, seguía siendo el área más valorada de la ciudad por su enorme accesibilidad. Alrededor del mismo se establecía la industria liviana y, en la misma dirección pero hacia la periferia, las viviendas de la población de bajos recursos. La otra mitad de la ciudad se distribuía entre una clase media que residía en las proximidades del distrito central y una elite que optaba por instalarse en un área segregada de la periferia, alejada del ruido de la industria y, por lo general, con un alto valor paisajístico. Asimismo, la importante extensión de la ciudad, facilitada por la difusión de los medios de transporte individuales, volvía factible -y hasta necesaria- la aparición de nuevos centros comerciales, que establecían con el distrito central una relación que podía ser de complementariedad o bien de competencia. La estructura multi-nuclear propuesta por Harris y Ullman se completaba con ciudades satélites que servían de residencia a los *commuters* (quienes regularmente viajan desde su domicilio y su lugar de trabajo) y con un área suburbana destinada a la industria pesada, alrededor de la cual podían generarse asentamientos de clase obrera.

Las críticas a los modelos ecológicos clásicos no tardaron en llegar. Más allá de que demarcaron las grandes avenidas por donde había transitado el crecimiento urbano, estos enfoques presentaban un sesgo claramente “positivista, determinista, mecanicista

y organicista”, como alguna vez sostuvo Gettys (1940: 144) en un encendido artículo. No resulta extraño que hayan surgido especialistas que, sin abandonar los límites disciplinares de la ecología urbana, pretendieron dotar a esta perspectiva de una mayor profundidad explicativa. Precisamente en estas coordenadas debemos ubicar los aportes de la Universidad de California, especialmente los de dos de sus principales exponentes: Shevsky y Bell (1955: 377-390). Ambos autores, con la mirada fija en Los Ángeles y en San Francisco, desarrollaron lo que dio en llamarse “análisis de áreas sociales” o, lo que es igual, un “constructo analítico que se hace operativo a partir de una serie de preposiciones generales sobre la sociedad industrial” (Checa Olmos y Arjona Garrido, 2006: 2). Sin ánimos de ser exhaustivos, podríamos decir que, desde la óptica de Shevsky y Bell, existían tres vectores básicos, factores en sus propias palabras, que ayudaban a entender la disposición de la población en el tablero urbano: el rango social, la urbanización y la segregación. El primero de ellos hacía referencia a la condición socio-económica de los residentes de una determinada urbe, el segundo prestaba atención al ciclo vital de las personas y el tercero posaba su mirada en las cuestiones étnicas que acompañaban el crecimiento de las ciudades.

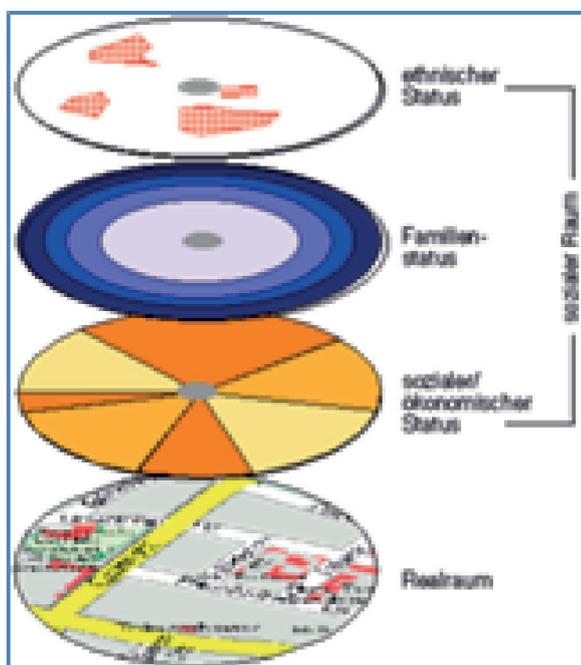
Aquello que Shevsky y Bell trabajaron, en los cincuenta, de una manera casi artesanal ganó en sofisticación gracias a las posibilidades que, en las décadas siguientes, abrieron los recursos informáticos y la disponibilidad de datos censales a escalas antes desconocidas. Esta revolución tecnológica sirvió de catalizador a la emergencia de lo que Sweetser (1965: 372-389) denominó “ecología factorial”. Con el propósito de complejizar el análisis de la diferenciación del espacio urbano, este enfoque propuso la aplicación de técnicas de análisis multivariado a datos obtenidos en pequeñas áreas intra-urbanas. Gracias a la utilización de estos instrumentos matemáticos, en palabras de Linares (2012: 19), se podía “descubrir tanto las relaciones existentes entre las variables, entre esos





datos, como entre las unidades espaciales con las que se corresponden, vínculos que permitirían captar la configuración espacial de la diferenciación social en la ciudad”. Sin dejar de ser una contribución en el plano procedimental, la “ecología factorial” dejó su huella teórica. Después de todo, en su búsqueda de la “estructura subyacente” de las ciudades, sus cultores descubrieron que los tres modelos ecológicos tradicionales no eran contradictorios entre sí, como habitualmente se imaginaba, sino que superponían, modelando los límites de un intrincado “espacio social” (Murdie, 1969). En palabras de Murdie, este último no era más que el resultado de la combinación de tres morfologías diferenciadas: el estatus económico (rango social) asumía una configuración sectorial, el estatus familiar (urbanización) poseía una configuración concéntrica y estatus étnico (segregación) tomaba la forma de enclaves (Figura 4).

### Espacio social (Murdie, 1969)



Fuente: Marcos (2015: 45)

Claro que la diferencia entre el análisis de áreas

sociales y la ecología factorial no se reducía a una cuestión de mayor o menor sofisticación estadística. Lejos de ello, existió entre ambas miradas un contraste mucho más profundo, uno que nos conduce al campo de la epistemología. Los estudios de Shevky y Bell abrazaron un modelo de neto corte deductivo: partieron del supuesto de que existían ejes de diferenciación socio-residencial y, desde esa certeza, construyeron una serie de indicadores que no hicieron más que reforzar la hipótesis inicial. La ecología factorial, en cambio, apostó por una aproximación inductiva: el punto de partida eran los datos y, gracias al procesamiento de los mismos, se alcanzaba un conocimiento sobre la configuración que asumía el mosaico urbano. Con todo, y aunque *a priori* ambos enfoques puedan parecer contradictorios, la aplicación de la técnica del análisis factorial permitió comprobar la validez del modelo de áreas sociales, pero siguiendo el camino inverso. En este sentido, las palabras de Robson resultan más que adecuadas para marcar puntos de convergencia y divergencia entre ambas formas de analizar las desigualdades socio-espaciales:

“mientras la técnica utilizada por Shevky seleccionaba sus variables sobre la base de una teoría dudosa, el análisis multivariado lo hacía con sus factores, únicamente sobre la base de la interconexión de los datos, utilizando, para ello, un extenso número de variables de partida” (Robson, 1969).

Este tipo de afirmaciones, por ciertas que puedan parecer, no deberían leerse como una apología contra la utilización de métodos estadísticos para el estudio de lo urbano. De lo que se trata, en todo caso, es de tomar distancia del evolucionismo que ha impregnado a la mayoría de la literatura que, hasta aquí, hemos revisado. Después de todo, como bien afirma Roy, “no basta con estudiar a las ciudades del Sur global como interesantes casos empíricos anómalos, diferentes y esotéricos” (2013: 151) sino que el desafío radica en poner en tela de juicio una afirmación tan falsa





como difundida: aquella que sostiene que la falta de independencia de los factores señalados por Shevky y Bell, aquellos vinculados al rango social, el urbanismo y lo étnico, sería el síntoma más evidente de falta de madurez o, para decirlo más directamente, de lejanía en relación a la tan anhelada modernidad. Parece mucho más adecuado pensar que la complejidad en las relaciones entre las variables, e inclusive entre las dimensiones descubiertas, es consecuencia de las singularidades que asumió la producción del espacio urbano en escenarios situados. En resumidas cuentas, la apuesta hacia adelante no reside tanto en abandonar la potencia heurística de la ecología factorial como en hacer propia una actitud problematizadora que permita “trazar raíces y rutas más complejas” (Roy, 2013: 175), preparando el terreno para narrativas que tengan a la heterogeneidad como punto de partida.

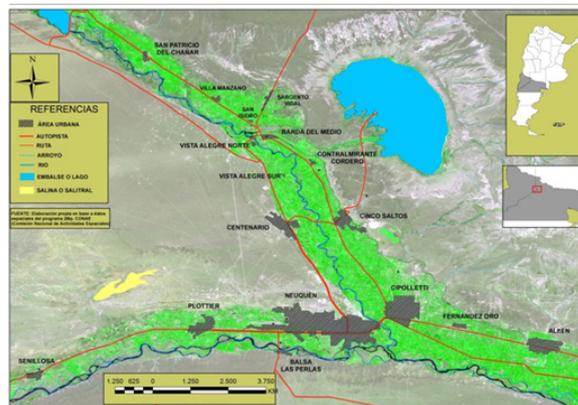
### **El escenario: Neuquén y su proceso de conurbación. Una mirada histórica.**

Con una idea clara de los alcances teóricos de la propuesta aquí esbozada, conviene ahora echar un vistazo al contexto que sirvió de escenario del fenómeno de diferenciación socio-espacial que pretendemos abordar. En este sentido, no estaría mal si dijéramos que el proceso de urbanización, aquel que fue formando un área metropolitana en torno a la ciudad de Neuquén, es uno de características recientes, máxime si tenemos en cuenta que el inicio del asentamiento urbano de la población en la Norpatagonia no tiene más de un siglo de historia. Si bien se trata de procesos diferentes en cuanto a su escala territorial, a los actores intervinientes y al contexto histórico en sí, no podemos hablar de una conurbación neuquina sin hacer referencia, aunque sea mínimamente, del surgimiento y desarrollo de las ciudades de todo el Alto Valle del río Negro y de los valles inferiores de los ríos Neuquén y Limay.

Este conjunto de localidades se erigió a partir de un actor de suma importancia para la estructuración

del territorio argentino durante los siglos XIX y XX: el ferrocarril. Las características técnicas del transporte ferroviario exigían que, cada 7 a 10 kilómetros, existiera una estación para abastecer de agua a la locomotora. Pronto, la mayoría de estas estaciones fueron rodeadas por áreas pobladas de mayor o menor importancia. Se fue configurando así un conjunto de manchas edificadas y discontinuas que se recortaron sobre un fondo de tierra agrícola (Vapnarsky, 1982), donde cada aglomeración presentó, durante gran parte del siglo XX, una autosuficiencia limitada debido a la variedad de servicios que todas ofrecían en conjunto. Esta situación fue la que llevó a Cesar Vapnarsky a considerar a las ciudades del Alto Valle como una verdadera área metropolitana e, incluso, a entenderla como una ciudad dispersa; una de características lineales que se extendía por alrededor de cien kilómetros, siguiendo el curso de las principales vías de comunicación de la región.

### **Sistema Urbano en los valles inferiores de los ríos Limay y Neuquén**



Fuente: Elaboración propia

Claro que esta ciudad dispersa, este embrión de área metropolitana, no funcionaba como un sistema urbano equilibrado. Durante la primer mitad del siglo XX, las ciudades más cercanas a los valles inferiores del río Neuquén y Limay mantuvieron un desarrollo incipiente, sobre todo si se las compara con el crecimiento del resto de las ciudades rionegrinas emplazadas en el valle





superior del río Negro. Esto se debe, principalmente, a que la parte neuquina del sistema urbano, durante la primera mitad del siglo, fue solo una mera extensión de la iniciativa fomentada por los capitales ingleses en relación a la actividad frutícola (De Jong y otros, 2009). Prueba de ello es el hecho que, para una fecha muy avanzada como 1950, poco más de un cuarto de la población altovalletana residía en las aglomeraciones neuquinas del sistema urbano (Neuquén, Plottier y Centenario) (Vapnarsky y Pantelides, 1987). A pesar de esto, el origen de estas ciudades, así como su posterior desarrollo, no puede desvincularse de esa actividad emblemática para el norte de la Patagonia.

En las últimas décadas del siglo XX, las características del sistema urbano del Alto Valle fueron cambiando, situación que ya vislumbraba Vapnarsky (1982) en sus pioneros trabajos. De la mano de una actividad hidrocarburífera en franca expansión y de un Estado provincial amplió su radio de acción, la ciudad de Neuquén comenzó a tener una mayor relevancia con respecto al resto de los centros, lo cual influyó directamente en los centros más cercanos a ella como Plottier, Cipolletti y Centenario. Esta área de gran desarrollo actual mantiene una importante concentración de servicios, capital, tecnologías, transportes, infraestructura en general, modelando los límites de una auténtica conurbación. Así, el peso de las actividades económicas se trasladó desde General Roca, Villa Regina y Allen, las áreas valoradas inicialmente, a la capital neuquina y sus ciudades satélites. En resumidas cuentas, la relativa democracia urbana altovalletana fue relevada por un sistema crecientemente descompensado, en el que su área primada fue concentrando un creciente número de funciones.

El mayor dinamismo económico del sector occidental del sistema, como no podía ser de otro modo, tuvo su reflejo en materia poblacional. Si bien en el crecimiento demográfico es evidente en todas las áreas urbanas, no podemos dejar de señalar que ha sido mucho más

pronunciado en Neuquén y sus alrededores. Puede que algunas cifras nos ayuden a entender las crecientes asimetrías que atravesaron al norte de la Patagonia durante la segunda mitad del XX. En 1960, justo cuando los antiguos territorios nacionales se convertían en provincias, existían nueve localidades con más de 1000 habitantes en todo el Alto Valle (Vapnarsky y Pantelides, 1987). Dichas localidades se encontraban espacialmente distribuidas de una manera bastante equitativa en toda el área. Poco de este panorama se mantuvo en pie cincuenta años después. Hacia comienzos del siglo XXI, encontramos que, entre las 10 ciudades más pobladas del Alto Valle, la mayoría de ellas se encontraba cercana a Neuquén capital. Y no solo ello: la población de la capital neuquina, que superaba holgadamente los doscientos mil habitantes, era superior a la suma de las dos ciudades con más habitantes en el extremo este del Alto Valle: General Roca y Villa Regina. En términos espaciales, esto significa una mayor concentración poblacional sobre los márgenes inferiores de los ríos Limay y Neuquén. Si sumáramos la población de la Neuquén capital y sus principales ciudades vecinas (Centenario, Plottier y Cipolletti) obtendríamos un total de 374.229 habitantes; esto es, un número muy superior a la sumatoria de los habitantes de General Roca, Cervantes, Mainqué, Ingeniero Huergo, General Godoy y Villa Regina, que totalizaban un total de 126.000 habitantes para el año 2010 (INDEC, 2010).

Este conjunto de cambios, evidentes a simple vista en este comienzo del siglo XXI, tuvo como consecuencia necesaria la ampliación de las plantas urbanas de las localidades cercanas a Neuquén capital, aunque también ha fomentado el surgimiento de nuevas áreas urbanas en franco crecimiento espacial y demográfico, lo cual le va otorgando una forma particular al conjunto de las ciudades. Centrándonos en lo que podemos reconocer como la conurbación neuquina, se observa que la ciudad de Neuquén se ha expandido hacia el oeste y también a través de las principales rutas que la unen con las ciudades de Plottier, Cipolletti y Centenario.





Este despliegue, sin embargo, trajo aparejado inconvenientes para este conjunto de ciudades, entre los que se destacan la pérdida de suelo agrícola ante la expansión urbana, la creciente especulación del negocio inmobiliario, el asentamiento de personas en áreas de riesgo y problemas ambientales que todo ello trae consigo. A esto se le suman las características del medio natural que son condicionantes del funcionamiento del sistema urbano. La mayor parte de las áreas urbanas en crecimiento encuentran limitantes al mismo debido a que se encuentran emplazadas en los valles. Aquí los cauces de los ríos, las áreas productivas (previamente constituidas) y las fuertes pendientes que marcan a los valles, son barreras físicas al desarrollo de las ciudades. Estas especificidades en el crecimiento y en las características hacen de la conurbación neuquina un área urbana dinámica compleja difícil de abordar para la investigación y para la planificación.

Llegados a este punto, es preciso que formulemos dos preguntas cuya respuesta modelará nuestras reflexiones en las siguientes páginas: ¿cómo aproximarnos a las desigualdades socio-espaciales en una conurbación de las características de la incipiente área metropolitana neuquina? ¿en qué medida aquellos modelos de diferenciación, tan útiles para retratar la realidad euro-norteamericana, resultan adecuados para explicar la diferenciación de un sistema urbano situado en el “lejano sur”?

### **De los modelos a la realidad empírica (Parte I): selección de variables.**

Para el análisis cuantitativo de la diferenciación socio-espacial la conurbación neuquina debemos, en primer lugar, escoger un conjunto representativo de variables. Ésta no es una tarea menor en la medida que, como bien indican Checa Olmos y Arjona Garrido, “una incorrecta selección puede llevar a conclusiones lejanas a la realidad medida” (2006: 8). Esta advertencia, lejos de ser un señalamiento aislado, forma parte de una

habitual crítica realizada a las investigaciones basadas en la ecología factorial; una que se esmera en señalar el contraste que existe “entre el rigor matemático de las técnicas y la endeblez teórica” de las investigaciones basadas en la ecología factorial (Díaz Muñoz, 1989: 703). Por esa razón, y para dar un paso adelante respecto de la mera aplicación de fórmulas prescriptivas, hemos optado por explicitar los criterios que guiaron el diseño del catálogo de variables, mostrando sus limitaciones pero también poniendo de manifiesto el potencial que alberga para el estudio del espacio social urbano.

Este listado, compuesto por veintidós variables extraídas a escala de radio censal, máximo nivel de desagregación ofrecido por el Censo Nacional de 2001, puede dividirse en seis subgrupos (Cuadro 1). El primero de ellos se encuentra relacionado con las características etáreas de la población, dentro de las cuales contamos con la proporción de niños y ancianos en relación al total. Por medio de las mismas podremos aproximarnos al momento del ciclo familiar que transitaban los hogares examinados: un porcentaje alto de población anciana y bajo de población infantil nos pondría frente a una situación de madurez; mientras que lo contrario nos indicaría un ciclo familiar que estaba dando sus primeros pasos. Gracias a este tipo de información podremos examinar aquello que Ocaña denominó en términos de “segregación demográfica”; esto es, “la yuxtaposición de áreas de peculiaridades en su estructura demográfica, bien por el alto índice de envejecimiento, por la abundante población infantil o bien por la escasez de ambos extremos” (Ocaña Ocaña, 2005: 26).





**Catálogo de variables seleccionadas a nivel de radio censal. Conurbano de la ciudad de Neuquén, 2001**

	Variable	Definición	Tipo
1	<15	% de personas menores de 15 años	Etaria
2	>65	% de personas mayores de 65 años	Etaria
3	Hogares nucleares	% de hogares nucleares	Hogares/Vivienda
4	Hogares extendidos	% de hogares extendidos	Hogares/Vivienda
5	Hacinamiento	% de hogares con más de 2 personas por cuarto	Hogares/Vivienda
6	Ocupante	% de hogares habitados por personas que no son propietarias.	Hogares/Vivienda
7	MNI Secundaria Incompleta	% de jefes de hogar cuyo máximo nivel de instrucción alcanzado es la primaria incompleta	Educación
8	MNI Superior Completo	% de jefes de hogar cuyo máximo nivel de instrucción alcanzado es terciario o universitario completo	Educación
9	Asistencia a instituciones educativas privadas	% de personas que asisten a establecimiento educativo privado	Educación
10	Otras provincias	% de personas que hace 5 años vivía en otras provincias	Origen
11	Limitrofe	% de personas nacidas en un país limítrofe (Chile, Bolivia, Brasil, Paraguay o Uruguay)	Origen
12	Sin inodoro	% de hogares sin descarga o sin inodoro	Vivienda
13	Descarga a red	% de hogares con inodoro con descarga y desagüe a red pública	Vivienda
14	Agua de Red	% de viviendas con red de agua corriente	Vivienda
15	Baño exclusivo	% de hogares con baño utilizado sólo por ese hogar	Vivienda
16	CALMAT I	% de hogares con calidad de la vivienda tipo I	Vivienda

Fuente: Elaboración propia en base a datos de INDEC, Censo Nacional de Población y Vivienda de 2001.

Un segundo conjunto de variables se vinculan a la relación existente entre hogar y vivienda. En primer término, hemos empleado el grado de cohabitación de los hogares como formas indirecta de medir los problemas de acceso a la vivienda (Natera Rivas y Gómez, 2007: 102-103). Las razones que impulsan esta elección son fáciles de imaginar: la coexistencia de dos o más hogares en una misma vivienda nos habla de la incapacidad de alguno de ellos para obtener su propia vivienda (Arriagada Luco, 2003:8). En la misma dirección, puede señalarse la incorporación de variables, como la proporción de hogares que presentan más de dos personas por habitación, que nos brindan información sobre el grado de hacinamiento. Finalmente, para redondear nuestra aproximación a la presión ejercida por la población al parque habitacional, hemos añadido indicadores relacionados con la tenencia de la vivienda. Esto debido a que un porcentaje alto de ocupantes nos estaría indicando de dificultades a la hora de obtener una vivienda en propiedad. Esta decisión, claro está, no nos permite captar un déficit habitacional de tipo cualitativo o, dicho de una manera más sencilla, no nos brinda pistas sobre aquellos problemas derivados de viviendas que deberían ser reemplazadas debido a sus malas condiciones de habitabilidad.

Alrededor del nivel de instrucción de la población se conforma un tercer agregado de variables. La elección del máximo grado de formación alcanzado por el jefe de hogar se ha realizado partiendo de la idea que constituye un indicador indirecto de nivel ocupacional. Tomando esta afirmación como punto de partida, nos hemos inclinado por dos indicadores: el porcentaje de población que no concluyó los estudios primarios y el correspondiente a la población con educación superior completa. El supuesto que atraviesa podría resumirse de la siguiente manera: quienes no habían terminado el primario tenían, hacia comienzos del siglo XXI, menores posibilidades de obtener un empleo bien remunerado y ubicado en la parte formal de la economía; mientras que los que habían finalizado





el nivel terciario o universitario no sólo tenían mayores posibilidades de alcanzar los mejores trabajos, sino también de sortear los momentos de crisis.

Pero no podríamos pensar la relación entre instrucción y pobreza en términos unilaterales. Como bien señala Arriagada Luco, los vínculos entre ambos aspectos funcionan en un doble sentido: por un lado, un bajo nivel de instrucción genera pobreza, pero, al mismo tiempo, la situación de pobreza aparece como un limitante a la hora de adquirir capital educativo, con lo que aquella se reproduce de manera intergeneracional (Arriagada Luco, 2000: 15). Precisamente para aproximarnos a esta intrincada red de causalidades hemos sumado a nuestro catálogo una última variable educativa: aquella que se refiere al porcentaje de escolares que asisten a un establecimiento privado. Este indicador no nos proporciona una mirilla desde donde observar la calidad de la educación recibida por la población, algo que implicaría poner a las instituciones privadas en un sitio de privilegio, pero sí nos brinda valiosa información sobre la solvencia económica de los hogares. Después de todo, como ha señalado recientemente Pizarro, el periódico pago de cuotas, que en el escenario estudiado en muchos casos eran elevadas, aumenta las probabilidades de que los “pobres vayan a establecimientos públicos y los más pudientes a los privados” (2001: 14-15).

El cuarto grupo de variables se relaciona con el origen de la población y las incorporamos, más allá de su elevado grado de generalidad, para saber a ciencia cierta si tienen capacidad explicativa como tales o bien si se hallan subsumidas dentro de alguna otra súper-variable. Y esta no es una tarea menor en la medida que el área metropolitana neuquina, como ya mencionamos en la sección anterior, experimentó un fuerte crecimiento demográfico que fue alimentado por distintas corrientes migratorias. Precisamente para medir el impacto del origen migratorio en la distribución espacial de la población, sumamos al catálogo variables

como el porcentaje de habitantes nacidos en países limítrofes y de llegados de otras provincias argentinas. Decidimos no incluir variables referidas a fenómenos migratorios intra-provinciales debido a que, en función del carácter bi-provincial de la aglomeración, sería muy difícil diferenciar entre episodios de movilidad tradicionales, esos que implican traslados permanentes y a una cierta distancia (Bertoncello, 1995:81), y aquellos traslados que se producen por la propia dinámica del área metropolitana, ya sea por las particularidades de su mercado laboral o inmobiliario (por caso: *commuters*). Por esta razón, y más allá que el porcentaje de neuquinos y rionegrinos que habitaban en el área metropolitana no era desdeñable, los restantes flujos constituían el grueso de los migrantes y tenían una fuerte participación en el total de la población (dos tercios en el primer caso y poco más de la mitad en el segundo).

Una quinta serie de variables se refiere a las características de la vivienda. Este grupo nos suministra indicios alrededor de lo que algunos autores han denominado “calidad de vida”. Este concepto, profundamente histórico, se refiere a la capacidad de la población de alcanzar “un nivel de vida establecido como óptimo teniendo en cuenta dimensiones socio-económicas y ambientales” (Velázquez, 2004: 174). No deberíamos confundir “calidad de vida” con “nivel de vida”: si el primero se vincula a la satisfacción de una serie de necesidades pensadas como techo y no como piso; el segundo se vincula, ante todo, con la posibilidad de consumir, por lo que, muchas veces, la adquisición de bienes no siempre implica una mejora de la calidad de vida (Velázquez, 2004: 174-175). Para el caso que nos ocupa podemos establecer ese umbral en la posibilidad de acceder a una vivienda que contase con una conexión a la red de agua potable, descarga al sistema de desagüe y baño exclusivo. A fin de redondear nuestra aproximación a lo que Auyero y Lara de Burbano (2012) denominaron “destitución infraestructural” hemos sumado dos variables ligadas





a la robustez de las unidades habitacionales estudiadas: por un lado, el porcentaje de viviendas que edificadas con materiales resistentes en pisos, paredes o techos (CALMAT I); mientras que, por el otro, la proporción de residencias que fueron erigidas utilizando materiales poco resistentes o, en el peor de los casos, de desecho (CALMAT IV) (Dirección General de Estadística y Evaluación de Programas Especiales, 2001: 49).

Un sexto grupo de variables se vincula a las características ocupacionales de la población. De todas las disponibles en la fuente hemos seleccionado aquellas que se refieren a los extremos de la clasificación y que nos proporcionan evidencias sobre el sistema de clases que daba vida al área metropolitana neuquina. Por “arriba” hemos incluido a los patrones o, lo que es igual, a los “dueños o socios activos de una empresa, [que] establecen las condiciones y formas organizativas del proceso de producción y emplean como mínimo una persona asalariada” (INDEC, 2011: 5). Por “debajo” hemos incluido el porcentaje de ocupados no calificados que, como aclaran Natera y Gómez, es una medida indirecta del posicionamiento de los ocupados en los nichos más rentables del mercado laboral, entendiendo que la posibilidad de acceder a los segmentos más productivos decrece con la disminución de la calificación. Finalmente, para dar cuenta de la difusión de lo que Kessler (1997) denominó “epidemia del desempleo”, ese proceso de reconfiguración de las relaciones entre capital y trabajo tan propia de los noventa, incorporamos a nuestro catálogo el índice de desocupación.

El último agrupamiento de variables se refiere a ese “yacimiento de subjetividades muy diversas” (González, 1997: 285) que conocemos como pobreza. Sobre este maleable concepto existen dos líneas de análisis que, si bien no son mutuamente excluyentes, se han disputado por largo tiempo la centralidad dentro del campo académico. La primera postura, a la que podríamos denominar relativa, se sostiene en una idea muy

sencilla: las necesidades que se consideran esenciales y cuya satisfacción marca el umbral de la pobreza, varían en el tiempo y en el espacio de acuerdo con los valores de diferentes sociedades (Bolsi y Paolasso, 2009: 18). La forma de operativizar esta definición es por medio de un análisis de los ingresos o, lo que es igual, utilizando al gasto en consumo como medida de bienestar, tal como propone el método de línea de pobreza (Marcos y Mera, 2010: 141). La segunda posición centra su atención en las manifestaciones materiales de la pobreza. Dejando de lado las diferencias espaciales y temporales, esta postura se detiene en aquellos aspectos “duros” que expresan la falta de acceso a determinados servicios considerados imprescindibles para el desarrollo de la vida en sociedad. Desde esta óptica, y tomando prestadas las palabras de Minujín (1997: 40), son pobres aquellos hogares o personas que tienen alguna necesidad básica insatisfecha. Con el propósito de conjugar en una misma mirada ambas perspectivas hemos calculado el Índice de Privación Material de Hogares (IPMH); esto es, una variable que estima de forma simultánea los recursos corrientes (ingresos) y patrimoniales (vivienda)<sup>2</sup>. Al mismo tiempo, con el fin de redondear nuestra aproximación a ese amplio “precariado” que reforzó su presencia en los años noventa (Wacquant, 2009), incorporamos una variable que, por la negativa, nos ilumina sobre situaciones de bajo ingreso y/o de informalidad laboral: el porcentaje de población que tenía cobertura sanitaria, ya sea por realizar aportes a una obra social o por no poseer los fondos necesarios para contratar un plan de salud.

---

2 Una detallada descripción de la propuesta operacional y metodológica del IPMV en: Fantín y otros (2009: 29-41).





## De los modelos a la realidad empírica (parte 2). Análisis factorial de componentes principales<sup>3</sup>

Para alcanzar nuestro objetivo de apreciar la diferenciación socio-espacial en la ciudad de Neuquén, utilizaremos un análisis factorial de componentes principales. Sabido es que este método estadístico trata de condensar la información para cada una de las variables seleccionadas en un número mínimo e imprescindible de nuevas variables (Natera Rivas y Gómez, 2007: 106). Para ello, primero resulta esencial proceder a una estandarización de las variables que dé como resultado un conjunto de puntuaciones en las diferentes unidades espaciales de media 0 y desviación estándar 1. Cuando el conjunto de la información resulta comparable, es preciso agrupar las variables de similar distribución espacial en componentes que, como dijimos, concentran la información de manera sintética. El punto de llegada de este procedimiento, alcanzado por medio de un instrumento estadístico, queda a la vista en los cuadros 2 y 3.

### Solución factorial de la ciudad de Neuquén en 2001 (22 variables)

Componente	Autovalores iniciales		
	Total	% de la varianza	% acumulado
1	10,400	47,271	47,271
2	3,232	14,690	61,961
3	2,639	11,994	73,955
4	1,920	4,842	78,798

Fuente: Elaboración propia

Una lectura superficial de la información nos ofrece una primera constatación: las veintidós variables que conformaban nuestro catálogo se convirtieron en cuatro componentes. El indicador que pone de

manifiesto el grado de síntesis de la información es el porcentaje de la varianza del total de variables iniciales contenidas en cada una de estas “super-variables”: cuanto mayor sea este número, mayor es la capacidad explicativa de los componentes. En nuestro caso, los cuatro componentes que el análisis ha rescatado explican cerca del 78% de la varianza (Cuadro 2). Dicho en términos más sencillos, gracias a estas nuevas variables podemos caracterizar la realidad que nos interesa de una forma muy similar a como lo haríamos con las veintidós originales. Claro que no todos los componentes contienen la misma capacidad de explicativa. La primer súper-variable explica por sí misma cerca de la mitad de la varianza; mientras que la segunda poco menos de un sexto. Bastante más lejos se encuentran el tercer y cuarto componente que sólo superan el 11% y 4% de la varianza respectivamente. En el presente estudio, y por la enorme distancia que existe entre los pesos, solo posaremos nuestra mirada en el primero de los componentes. Basta un dato para justificar esta decisión: la capacidad explicativa de este componente es tres veces superior al segundo, cuadruplica con creces la del tercero y multiplica por diez la del cuarto.

3 En términos de procedimiento seguimos ideas planteadas en: Perren, 2014.





**Matriz de pesos del Componente Principal<sup>4</sup>**

	Variable	Componente 1
1	% <15	<u>-,710</u>
2	% >65	,602
3	% hogar_nuclear	-,300
4	%_hogares_extendidos	-,351
5	% + de dos personas por cuarto	<u>-,833</u>
6	% Ocupante	,425
7	% MNI Secundaria Incompleta	<u>-,810</u>
8	% MNI Superior	<u>,808</u>
9	Completo	<u>,733</u>
	% Asistencia a instituciones educativas privadas	
10	% Otras provincias	<u>,633</u>
11	% Limítrofe	<u>-,707</u>
12	% Sin inodoro	<u>-,691</u>
13	% Descarga a red	,562
14	% Agua de Red	,211
15	% Baño exclusivo	,565
16	% CALMAT I	<u>,773</u>
17	% CALMAT IV	<u>-,648</u>
18	% Patrones	<u>,648</u>
19	% Trabajadores no	<u>-,863</u>
20	calificados	<u>-,820</u>
21	% Desempleados	<u>,921</u>
22	% Privación Material	<u>,916</u>
	% Cobertura sanitaria	

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Método de rotación: Normalización Varimax con Kaiser.

4 La matriz muestra el coeficiente por el que se multiplican las distintas variables para obtener las puntuaciones del componente. Cuanto mayor es el valor de este coeficiente (en valor absoluto), mayor es el peso de la variable en la formación del componente.

Procedamos ahora a interpretar el principal componente que emergió del análisis factorial (Cuadro 3). En este caso, son catorce las variables que le aportan significado. Ante todo, tenemos una que nos habla de un nivel de instrucción elevado; algo fácilmente comprobable a partir de la puntuación positiva del porcentaje de población que presentaba credenciales educativas superiores y de la negativa de la proporción de quienes no habían completado el nivel primario. Junto al nivel educativo se destacan variables relacionadas con una buena calidad de vida. En ese casillero debemos ubicar el puntaje positivo del porcentaje de viviendas construidas con materiales resistentes, pero también los negativos de la proporción de unidades habitacionales que no disponían de inodoros y de moradas precarias. En términos ocupacionales, es de notar el puntaje positivo de quienes hacían las veces de patrones y el negativo de quienes se ubicaban en la parte baja de la estructura profesional, ya sea por la falta de calificación o bien por no contar con un empleo. Algo no muy diferente notamos en relación a las variables que asociamos a la pobreza: el porcentaje de personas sin privaciones materiales es positivo, al igual que la proporción de la población que tenía acceso a servicios sanitarios. Todas estas variables nos brindan indicios alrededor de un **status social elevado**.

Dentro del mismo componente se destaca la presencia de algunas variables que deberían ser ubicadas en otras coordenadas. Los puntajes positivos de la población de más de 65 años y la negativa de la menor de 15 años resultan indicativo de un ciclo familiar maduro; dato de enorme importancia habida cuenta del lento proceso de envejecimiento que la conurbación comenzó a experimentar hacia comienzos del siglo XXI. Por último, no podemos dejar de mencionar el importante peso que las variables de origen migratorio poseen en la conformación del componente. El porcentaje de población nacida en otras provincias presenta una puntuación positiva.





Encontramos entre ellos una elevada proporción de individuos con una larga experiencia en escenarios urbanos, que los puso en mejores condiciones de enfrentarse a un mercado laboral que iba precisamente en esa dirección, desempeñándose en labores manuales de mayor calificación, en trabajos de oficina y ejerciendo profesiones socialmente reputadas. El puntaje negativo de los migrantes limítrofes, mayoritariamente de origen chileno, nos pone frente a un perfil completamente distinto. Tomando distancia de las tendencias que surcaban a la población migrante “en general”, más proclive a los empleos no manuales, este grupo mostró desde muy temprano una fuerte inserción en empleos, como los ligados a la construcción, que durante los años noventa ingresaron un auténtico cono de sombras, multiplicando el desempleo entre la población trasandina. En conjunto, las catorce variables agrupadas nos permiten definir al componente que nos interesa como **estatus social elevado con ciclo familiar maduro y fuerte componente migratorio**.

Una vez identificado el contenido del componente, el paso siguiente consiste en volcar al mapa de la ciudad los puntajes que los mismos alcanzan para cada uno de los radios censales<sup>5</sup>. Un análisis visual básico es suficiente para distinguir que, en cada de una de las cuatro aglomeraciones que componen el sistema urbano, los radios que obtienen puntuaciones altas o muy altas tienden a situarse en el centro (Mapa 2). Al igual que otras ciudades latinoamericanas, los grupos sociales de situación socioeconómica más favorable evidenciaban a simple vista una clara segregación a

“gran escala”. O, en términos más sencillos, los sectores más encumbrados residían en un área específica de la ciudad, cuyos límites se confundían con lo que en otro trabajo denominamos “continente de la riqueza” (Perren, 2011). En el caso de Neuquén, aglomeración primada del sistema, resulta evidente un aspecto que no advertimos en el caso de las ciudades satélites: una expansión de las pautas residenciales de las clases medias que se extiende de forma lineal, siguiendo las direcciones de tres vías de comunicación fundamentales (la calle San Martín hacia el oeste, la avenida Olascoaga hacia el sur y la ruta provincial n° 7 hacia el norte).

A continuación de esta suerte de “centro extendido” se levantaba un área compuesta por una heterogénea lista de barrios que presentaban puntajes intermedios al interior del componente *status elevado, con ciclo familiar maduro y fuerte aporte migratorio*. Aunque no se trataba de los barrios residenciales de clase media como los que agrupamos en el “continente de la riqueza”, tampoco eran “villas de emergencia” que carecían de los más básicos servicios públicos o complejos habitacionales edificados por el Estado provincial. En caso de usar el modelo de Griffin y Ford (1981), que no deja de ser una aplicación de la formulación de Hoyt al escenario latinoamericano, no dudaríamos en pensar a aquellas en términos de “zonas madurez”; es decir, espacios habitados por una población estable que, en gran medida, tenía a su disposición servicios como desagües, pavimento e iluminación. A este marco general, fácilmente identificable en todas las ciudades del sistema, debemos añadirle un aspecto que es distintivo de la capital neuquina. Esta última, además de ostentar una franja de puntajes intermedios bastante más extensa que en el resto de las ciudades del sistema, presentaba un conjunto de radios que seguía una configuración claramente sectorial. Se trataba de un área que se extendía, en forma de abanico, hacia la periferia y en la que convivían diferentes configuraciones habitacionales que iban desde viviendas edificadas por sus propios moradores hasta

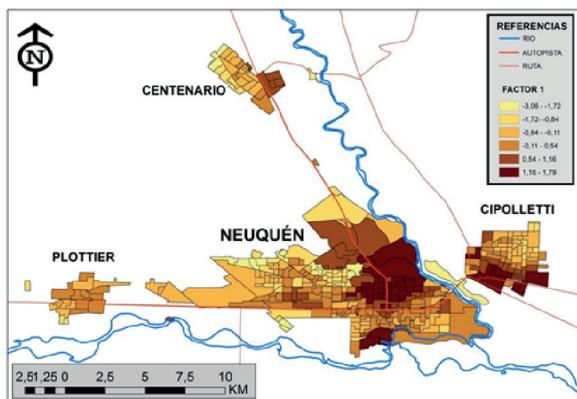
5 Pero antes de cartografiar, resulta necesario construir intervalos iguales que vuelvan comparables los resultados obtenidos. En el presente trabajo, y retomando buena parte de la literatura disponible sobre el tema, hemos empleado cinco intervalos que abarcan situaciones que oscilan puntuaciones muy bajas y muy altas. Ente ambos extremos, hemos incorporado tres intervalos: puntajes bajos, medios y altos. Cfr. Buzai, 2003 y Natera Rivas y Gómez, 2007: 99-124.





proyectos oficiales de construcción. Más allá de este variopinto panorama, existía un denominador común que atravesaba las unidades espaciales involucradas: se trataba de un contexto de viviendas en las que no se observan carencias materiales significativas, aunque si comenzaba a insinuarse un fenómeno de cohabitación, tal como demostramos en otro trabajo (Perren, 2014).

**Puntajes del factor I (Estatus social elevado, con ciclo familiar maduro y fuerte componente migratorio). Conurbano de la ciudad de Neuquén, 2001.**



Fuente: elaboración propia a partir de QGIS 2.6.1

Por último, las unidades espaciales que presentaban bajos puntajes en el componente *estatus social elevado con ciclo familiar maduro y fuerte componente migratorio*, poseían una disposición en forma de enclaves que, con el desembarco de las recetas neoliberales, no hicieron más que aumentar en número y en dimensión. El caso de Neuquén nos brinda suficientes pistas de un proceso que se registraba a menor escala en otras aglomeraciones del sistema. Si, en 1984, la capital provincia albergaba un total de 17 “asentamientos ilegales” que reunían una población aproximada de doce mil habitantes; mientras que, trece años más tarde, albergaba 21 “villas de emergencia”, algunas regularizadas y otras en una situación de incertidumbre, en las cuales residían más de quince mil personas (La revista de Calf, 1997: 15). En estos espacios de

relegación asistimos simultáneamente a “una negación de infraestructura adecuada y la rutinaria ausencia de protección contra los riesgos y peligros ambientales”, usando las palabras que usaron Auyero y Burbano para explorar el caso del Gran Buenos Aires (2012, p. 14).

Sin embargo, junto a este mayor peso cuantitativo, debemos señalar un segundo aspecto de enorme importancia analítica: muchos de los espacios de relegación que se abrieron paso en la periferia se localizaban a una considerable distancia de los continentes de la “riqueza” de cada una de las ciudades del sistema urbano. Dicho de otro modo, entre las áreas “ricas” y “pobres” no solo existía un abismo en materia de cobertura de servicios, sino que además existía una importante distancia física entre ambas. Esto vale para asentamientos que surgieron en las décadas centrales del siglo XX en los intersticios del sistema frutícola, entre las que podemos contar las colonias Confluencia y Valentina (Neuquén), Villa Obrera (Centenario), Chacay (Plottier) o Costa Sur/Norte (Cipolletti), pero también en aquellos “asentamientos espontáneos” (La revista de Calf, 1995: 14), nacidos en los ochenta y en los noventa, que alojaron a una población a la cual no dudaríamos en ubicar en el casillero de la “pobreza estructural”. Esta lejanía relativa es clave para explicar lo que algunos teóricos llaman “desajuste espacial” (Klein, 2004): la distancia creciente entre las oportunidades de trabajo y la ubicación residencial de las minorías desventajadas es un factor clave a la hora de explicar las tasas de desempleo diferenciales al interior del tablero urbano, ya sea por la excesiva duración de los viajes, la discriminación de los empleadores o bien la falta de acceso a la información acerca de los empleos disponibles (Linares, 2012, pp. 9-10).





## Consideraciones finales

Luego de este ejercicio de carácter exploratorio y descriptivo, ¿qué conclusiones podemos alcanzar en relación a las características que asumió la estructura socio-espacial de la conurbación neuquina?

En principio, podríamos decir es que el componente extraído poco tiene que ver con lo postulado por Shevky y Bell. Lejos de contener una clara diferenciación entre las tres dimensiones que subyacen en la morfología de las ciudades “modernas”, el caso estudiado nos muestra una total falta de independencia de los ejes que emergieron del análisis factorial: esa estilizada formalización que establecía patrones de segregación diferenciados en función del status social, el familismo y el origen étnico, muta en un esquema donde los factores se entrecruzan sin remedio. Claro que este rasgo, compartido por otras ciudades intermedias, no significa que esta clase de urbes se encuentren en una etapa de desarrollo previa que, de estar dadas las condiciones, conduciría a una suerte de “normalización” urbana a escala internacional. En este sentido, las expresiones vertidas por Díaz Muñoz hace algunos años nos siguen pareciendo sugestivas:

“Desde una postura crítica a la universalidad del modelo norteamericano que conlleva esta interpretación, parece más acertada la hipótesis de que la complejidad en las relaciones entre variables e incluso entre dimensiones descubiertas por estos estudios es consecuencia de su desarrollo urbano y puede relevar las circunstancias que tuvieron lugar sus etapas más recientes” (Díaz Muñoz, 1989: 700).

Si bien las variables relacionadas al status social son mayoría en el componente que resultó del análisis factorial, no podemos dejar de mencionar la importancia que en el mismo tuvieron los atributos relacionados al origen migratorio de la población; algo que resulta de enorme trascendencia habida cuenta del

carácter aluvional del poblamiento neuquino (Perren, 2012). Solo basta con echar un vistazo a la estructura factorial para tomar nota de la fuerte correlación que existe entre aquellas variables que nos hablan de elevados ingresos y las que corresponden a la población procedente de otras provincias argentinas, especialmente de aquellas que, ya desde la décadas finales del siglo XX, comenzaban a experimentar un severo proceso de “inflación de credenciales”. Algo similar podría decirse en relación al tándem pobreza-migración limítrofe. En parte por su origen rural y en parte por la consistencia de redes sociales que hunden sus raíces en el pasado territorialiano (Muñoz Villagrán, 2005), vemos a la población de origen trasandino sobrerrepresentada en la base de la estructura ocupacional, especialmente en nichos tales como la construcción, el empleo doméstico o la gastronomía.

Siguiendo con el esquema propuesto por Shevky y Bell, luego retomado por Murdie, no vemos en la conurbación neuquina nada que pueda ser inequívocamente calificado como status familiar: las variables ligadas al ciclo vital de la población no conforman *per se* una dimensión de la diferenciación socio-espacial, sino que presenta altas saturaciones, sea por la positiva o negativa, en el súper-factor que obtuvimos en el presente ejercicio. En términos generales, y aun a riesgo de simplificar en demasía el panorama urbano neuquino, podríamos decir que la segregación demográfica opone dos perfiles socio-espaciales claramente diferenciados: por un lado, debemos mencionar un conjunto de áreas centrales, consolidadas en términos urbanísticos, habitadas mayormente por migrantes de otras provincias y por una población relativamente envejecida; mientras que, por el otro, resulta advertible una periferia que presenta situaciones de destitución infraestructural y que se caracteriza por una estructura etaria joven y por una fuerte presencia de migrantes limítrofes. El explosivo crecimiento de la población neuquina, el retiro del estado en materia de vivienda y la concentración de la





actividad inmobiliaria en un puñado de inmobiliarias nos ayudan a entender la incestuosa relación de variables que, en el mundo euro-norteamericano, circulan por distintos andariveles.

Al igual que las dimensiones que parecieran explicar la distribución de la población en el tablero urbano, es muy interesante observar algunas singularidades que separan al caso estudiado de lo prescripto por los modelos trabajados en la segunda sección del presente artículo. En torno a esta cuestión, salta a la vista la inexistencia de una estructura concéntrica como la que andamio la propuesta teórica de Burgess. Antes bien, lo que advertimos en cada una de las aglomeraciones que dan vida al sistema urbano es una suerte de *degradee* en dirección a la periferia, aunque en el sentido contrario al que enunciaba el sociólogo norteamericano. Si tuviéramos que marcar un denominador común, que pareciera atravesar a todas las ciudades de la conurbación, éste sería una direccionalidad común relacionada con el espacio de las tierras productivas. Si observamos Neuquén, Plottier, Centenario y Cipolletti existe un sector de asentamiento inicial que, a principios del siglo XXI, gozaba de un buen puntaje y una expansión direccionada hacia las áreas menos valoradas para la producción, con radios incorporados más tardíamente al área urbana, que poseen menor puntaje.

Esta configuración que tiene mucho de arqueológica, superponiendo capas de expansión en dirección a la periferia, convivía con dos elementos claramente sectoriales, siguiendo el esquema propuesto por Hoyt. El primero de ellos es quizás el más evidente y se asocia a la importancia que tenían, en cada una de las ciudades de la conurbación, las áreas centrales debido a su mayor accesibilidad y a su mejor dotación de servicios. Ambos aspectos nos ayudan a entender el elevado valor del suelo en este cuadrante de las ciudades y cierta tendencia a la densificación por vía de la construcción en altura, especialmente en la aglomeración primada del

sistema. En esta última, como ya dijimos a lo largo del trabajo, visualizamos un segundo componente sectorial que se advierte con claridad en la ciudad de Neuquén y, en menor medida, en las restantes aglomeraciones: la formación de cuñas, poseedoras de elevados puntajes del componente *status elevado, con ciclo familiar maduro y fuerte aporte migratorio*, que siguen la dirección de las principales vías de comunicación de la incipiente área metropolitana.

Por último, no podemos dejar de notar algunas estructuras celulares que redondean los límites de una morfología a todas luces compleja. Entre ellas, debemos mencionar los asentamientos periféricos, todos ellos con puntajes muy bajos, que mostraban una fuerte concentración de la pobreza, una homogeneidad social que nos permite pensar en la ocurrencia de lo que algunos autores han denominado “efecto vecindario” y una para nada desdeñable distancia física; todos elementos que nos permiten hablar de una realidad de fuerte segregación residencial. Pero estos procesos de encapsulamiento no solo se dieron “por debajo”. Lejos de ello, podemos visualizar una tendencia que se iría profundizando a medida que nos acercamos al presente: urbanizaciones cerradas habitadas por los miembros más encumbrados de la sociedad. No vemos aun esos “enclaves fortificados” de los que habla Caldeira (2008), pero sí prácticas de auto-segregación que combinaban, en dosis equilibradas, el deseo de parte de las elite de tomar contacto con la naturaleza, el de habitar en espacios basados en el principio de la “afinidad social” y un una cada vez más relevante preocupación por la seguridad. Estas piezas, lejos de ser resultado de una puntillosa planificación como preveían Harris y Ullman, fueron el resultado de operaciones cada vez más agresivas del *real estate*, de un Estado que disminuyó su radio de acción en materia urbanística y de una sociedad civil que, por búsqueda de distinción o por mera necesidad, ha dejado su huella en la conurbación.





## Bibliografía

- ARRIAGADA LUCO, C. (2000), *Pobreza en América Latina. Nuevos escenarios y desafíos de política para el hábitat urbano*. Santiago de Chile: CEPAL.
- ARRIAGADA LUCO, C. (2003). *América Latina: información y herramientas sociodemográficas para analizar y atender el déficit habitacional*. Santiago de Chile: CEPAL.
- AUYERO, J. y BURBANO DE LA LARA, A. (2012). "In harm's at then urban margins". En: *Ethnography* (13, 4), 531-557.
- BERTONCELLO, R. (1995). "La movilidad espacial de la población: notas para su reflexión". En: *2das Jornadas Argentinas de la Población*. Buenos Aires: AEPa.
- BOLSI, A. y PAOLASSO, P. (2009). *Geografía de la pobreza en el norte grande argentino*. Tucumán: IIGHI-PNUD y ISES.
- BUZAI, G. (2003). *Mapas Sociales Urbanos*. Buenos Aires: Del Lugar Editorial.
- CALDEIRA, T (2008). *Cidade de muros: crime, segregação e cidadania em São Paulo*. São Paulo: Edusp.
- CHECA OLMOS, J. y ARJONA GARRIDO, A. (2006). "Ecología factorial en Roquetas del Mar (Almería). La importancia de las migraciones en la configuración socioespacial". En: *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* (219), 1-22.
- DE JONG, G; SOLORZA, R; SALCEDO, A; PEREZ, G. (2009). *Proyecto Mejora de la Competitividad, Desarrollo y Ordenamiento del Sistema Urbano Nacional- Estudio del Caso: Alto Valle del Río Negro y Valles Inferiores de los Ríos Limay y Neuquén*. Neuquén: inédito.
- DIAZ MUÑOZ, M. (1989). "Los estudios de ecología factorial urbana en España. Una aproximación al análisis comparativo". En: *Norba. Revista de geografía*, ( 8-9), 697-708 .
- DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA Y EVALUACIÓN DE PROGRAMAS ESPECIALES, *Centros comunales*. La Plata. La Plata: Municipalidad de la Plata.
- FANTÍN, A y otros (2009). "La pobreza según otros indicadores. Posibilidades y problemas, Geografía de la pobreza en el Norte Grande Argentino". En: BOLSI, A. y PAOLASSO, *Geografía de la pobreza en el norte grande argentino*. Tucumán: IIGHI-PNUD y ISES.
- GETTYS, W. (1940). "Human Ecology and social theory". En: *Social Forces* (18), 469-476.
- GONZALEZ H. (1997). "El sujeto de la pobreza: un problema de teoría social". En: MINUJIN, A. y otros. *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Losada.
- GRIFFIN, E. y FORD, L. (1980). "A model Of Latin American City Structure". En: *Geographical Review* (7,4).
- HARRIS, C. y ULLMAN, E., "The nature of cities". *Annals of the American Academy of Political*, pp. 7-17.
- HARVEY, D. (2013). *Ciudades rebeldes: Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.
- HOYT, H. (1939). *The structure and growth of residential neighborhoods in American cities*. Washington DC: Federal Housing Administration.
- INDEC (2010). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010*. Buenos Aires: Ministerio de Economía de la Nación.
- JANOSCHKA, M. (2002). "El nuevo modelo de la





ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización”. En: EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales (85).

JOHNSON, J. (1974) *Geografía urbana. Elementos de Geografía*, Barcelona: Oikos-Tau..

KAMINKER, S. (2015). “Descentrar el estudio de la segregación residencial. Cargas, legados y reflexiones para su estudio en ciudades intermedias de América Latina”. En: *Bifurcaciones. Revista de estudios culturales urbanos* (19), 1-14.

KESSLER, G. (1997). “Algunas implicancias de la experiencia de desocupación para el individuo y su familia”. En: BECCARIA, L. y LÓPEZ, N. (Comp.). *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina.*, Buenos Aires: UNICEF-Losada.

KLEIN, J. (2004). “A pioneer’s perspective on the mismatch literature”. *Urban studies*, 41(1), 7-39.

La Revista de Calf. (1995, septiembre). “Una de cal y cuatro de arena” (193), 13-14

La Revista de Calf. (1997, noviembre). “Vivir al margen” (212), 14-15

LINARES, S. (2012). “Aportes de la ecología urbana y modelos neoclásicos para analizar la diferenciación socioespacial en ciudades medias bonaerenses: Pergamino, Olavarría y Tandil (2001)”. En: *Huellas* (16), 11-35.

MARCOS, M. y MERA, G. (2010). “Pobreza Estructural y migración limítrofe: aportes para pensar su articulación espacial en la aglomeración Gran Buenos Aires”. En: *Estudios Socioterritoriales* (8), 137-155.

MINUJIN, A. (1997). “En la rodada”, en MINUJIN, A. y otros, *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis*

en la sociedad argentina. Buenos Aires: UNICEF-Losada.

MOYA, J. (2003). *Primos y extraños. La inmigración española en Buenos Aires 1850-1930*. Buenos Aires: Emecé.

MURDIE, R. (1969). *Factorial Ecology in metropolitan Toronto, 1951-1961: an essay on the social geography of the city*. Chicago: University of Chicago Press.

MUÑOZ VILLAGRAN, J. (2005). *Los chilenos en Neuquén-Argentina...idas y venidas*. Neuquén: Educo.

NATERA RIVAS, J. y GÓMEZ, N. (2007). “Diferenciación socio residencial en el aglomerado del Gran Santa Fe (Argentina) a comienzos del siglo XXI”. En: *Cuadernos del Sur. Revista Universitaria de Geografía* (21, 1), 11-26, .

OCAÑA OCAÑA, C. (2005). “Microanálisis sociodemográfico de espacios urbanos”. En: *Boletín de la A.G.E.* (40), 5-34.

PERREN, Joaquín (2010). “Radiografiando las ciudades. Una arqueología del estudio de la diferenciación socio-espacial”. En: *Revista de la Facultad. Estudios Sociales* (16), 161-192.

PERREN, Joaquín (2011). “Segregación residencial socioeconómica en una ciudad de la Patagonia. Una aproximación al caso de Neuquén (1991)”. En: *Estudios Socio-territoriales* (10), 103-124.

PERREN, Joaquín (2012). *Las migraciones internas en la Argentina contemporánea. Una mirada desde la Patagonia (Neuquén, 1960-1991)*. Buenos Aires: Prometeo.

PERREN, Joaquín (2014). “Diferenciación socio-residencial en las ciudades intermedias argentinas. El caso de Neuquén hacia comienzos de los noventa”. *Revista Geográfica Digital* (11, 21), 1-18.





PIZARRO, R. (2001). *La vulnerabilidad social y sus desafíos: una mirada desde América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.

ROBSON, B. (1969). *Urban Analysis: a study of city structure*. Cambridge: CUP.

ROY, A. (2013). "Las metrópolis del siglo XXI. Nuevas geografías de la teoría". En: *Andamios. Revista de Investigación Social* (10, 22), 149-182.

SHAW, C. (1930). *Jack Roller. A delinquent boy story*. Chicago: University of Chicago Press.

SHEVKY, E. y BELL, W. (1955). *Social Area Analysis*. Los Angeles: Stanford University Press.

SWEETSER, E. (1965). "Factorial Ecology: Helsinki 1960". En: *Demography* (2), 372-389.

THOMAS, W. y ZNANIECKY, F. (2004). *El campesino polaco en Europa y en América*. Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas y Boletín Oficial del Estado.

THRASHER, F. (1928). *The Gang: a study of 1313 gangs in Chicago*. Chicago: University of Chicago Press.

VAPNARSKY, C. (1982). *Un área metropolitana singular: el Alto Valle de Río Negro y Neuquén*. Buenos Aires: CIFCA/CLACSO.

VAPNARSKY, C. y PANTELIDES, E. (1987). *La formación de un área metropolitana en la Patagonia. Población y asentamientos en el Alto Valle*. Buenos Aires: Centro de Estudios Urbanos y Regionales.

VELAZQUEZ, G. (2004). "Calidad de vida en la Argentina. Elementos para su diferenciación socio-espacial". En: OTERO, H. (Dir.). *El mosaico argentino. Modelos y representaciones del espacio y de la población, siglos XIX y XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.

WACQUANT, L. (2009). *Urban Outcasts: A Comparative Sociology of Advanced Marginality*. Cambridge: Polity Press.

